

CAPÍTULO XXIII

LA DESOBEDIENCIA DE SAN MARTÍN

AÑOS 1819-1820

Momento psicológico. — Los tres grandes deberes de San Martín. — Coincidencias históricas. — Proyecto de una gran expedición española contra el Río de la Plata. — Agentes secretos del gobierno argentino en España. — Dificultades de la expedición. — Se desorganiza por sí misma. — Actitud de San Martín ante el anuncio de la expedición. — Su plan para atacar la expedición en el mar. — Otro plan de resistencia terrestre. — Alternativas de la expedición española. — El fantasma de la guerra civil. — Actitud expectante de San Martín. — Situación y fuerza de la división de los Andes en Cuyo. — Plan de reconcentración de todos los ejércitos de la república en Buenos Aires y crítica de él. — Fines siniestros á que responde. — Planes de monarquía. — Momento psicológico en la vida de San Martín. — Situación de las Provincias Unidas á fines de 1819. — Indecisiones de San Martín. — Se decide por la desobediencia. — Situación política perdida. — Impotencia del gobierno central. — Última renuncia de San Martín. — Regresa enfermo á Chile. — Juicio acerca de la desobediencia de San Martín.

I

Llegamos al momento verdaderamente psicológico de la vida de San Martín, en que los deberes que se impusiera, y eran su norma, se encontrarían en conflicto con sus tendencias, y por un acto extraordinario de voluntad deliberada, decidirá definitivamente de su destino y variará el curso de los acontecimientos ordinarios.

Tres grandes deberes habíase impuesto el General San Martín en la difícil posición en que se colocara al iniciar la idea del repaso de los Andes y dar principio parcial á su ejecución. El primero, para con la América, perseverando en sus planes libertadores: el segundo, como soldado ante la guerra civil y sostenedor del orden legal: el tercero, como argentino, ante el amago de una inminente expedición española al Río de la Plata. Respecto de lo primero, su fórmula era ésta: « Si no se realiza la expedición al Perú, todo se lo lleva el diablo », América y patria inclusas. Respecto de lo segundo, sentía invencible repugnancia á tomar parte en la cuestión intestina. Sin pasiones locales, divorciado de los partidos, sin ambición política, y lastimado en el fondo de su alma por el alejamiento de la opinión hacia él, — que era una consecuencia del suyo, — experimentaba cierta indiferencia fatalista respecto de las mutaciones intestinas, con tal que se asegurase la independencia del país, y su temperamento de libertador lo impulsaba á la acción en el dilatado espacio de la emancipación sud-americana. En cuanto á la España, sea que se tratase de vencer su último ejército en el Pacífico ó repeler su última expedición en el Plata, en ambos casos se encontraba frente á frente de su objetivo y de su pasión, y por último, no trepidaba desde que sus deberes de americano se combinasen con los que tenía como general argentino, aun saltando por encima de ellos en prosecución de su gran objetivo. Estas tres tendencias, opuestas unas y armónicas otras, que se deducen de sus confidencias secretas confrontadas con sus actos públicos, explicarán las alternativas por que pasó su espíritu, así como las encontradas acciones y reacciones en el curso de la difícil aventura del paso de los Andes, desde que concibió la idea, la empezó á poner en práctica, retrocedió después, para volver en seguida al propósito primitivo, hasta decidirse al fin por el partido á que lo llamaban sus inclinaciones y su destino.

Ya se ha hecho notar, que por una rara coincidencia, cuando San Martín indicaba al gobierno argentino la conveniencia de que diese por causal ostensible al repaso del ejército de los Andes el amago de una expedición española al Río de la Plata, el pretexto imaginado se convertía en realidad, — al menos por el momento, — de manera que, la retirada de Chile parecía obedecer á una exigencia positiva que hubiese tenido su origen en el gobierno, cuando en realidad éste era simplemente parte pasiva, y á veces violentada. Así, cuando por medio de la Logia de Chile, hubo obtenido de parte del gobierno de ultra-cordillera lo que anhelaba en prosecución de sus planes continentales, y empezó á dudarse de la expedición española, escribió al director Pueyrredón, haciéndole observaciones, tanto sobre la inconveniencia de que el ejército de los Andes tomase parte en la guerra civil, cuanto sobre la traslación de parte de éste á la frontera del norte, y presentóle entonces un nuevo plan de campaña. El general predicaba á un convertido, y las contestaciones oficiales y confidenciales no se hicieron esperar en el sentido de sus planes (1). Pero el peligro de la expedición española aun no había pasado, y su sólo anuncio perturbaría por algún tiempo todas las combinaciones políticas y militares, á la vez que su preparación en España desarmaría por siempre á la metrópoli en su lucha con las colonias insurreccionadas.

Como se dijo antes (cap. XIX, § VII), la España envió desde 1811 á 1818 para sostener la guerra en sus colonias, diez y seis expediciones con más de 42,000 soldados veteranos, con un costo de 75 millones de pesos, que habían capitulado en Montevideo, sido vencidos en Chile, y cuyos restos estrechados luchaban aún en Venezuela, Quito, el

(1) Ofis. de San Martín y del ministro de guerra cit. en el cap. anterior. Cartas de Pueyrredón á San Martín, de 1.º, 18 y 29 de mayo, publicadas en nuestras « Comp. hist. » 2.ª parte, p. 374 y sig.

Alto y Bajo Perú, convergiendo todos sus ejércitos derrotados hacia el Perú, donde debía librarse el combate final. La gran expedición de 10,000 hombres de Morillo en 1815 sobre Costa Firme, que en un principio era destinada á Buenos Aires, fué su último esfuerzo. Al intentar renovarlo en doble escala con el primitivo objeto, la España se proponía herir en el corazón la revolución sud-americana, pensando que subyugadas las Provincias Unidas del Río de la Plata, todas las colonias insurreccionadas recibirían su ley. Pero las circunstancias habían variado. En 1815, la revolución de las Provincias Unidas estaba aislada. Los realistas se encontraban en posesión de Chile, con un ejército sobre las fronteras del oeste; sus armas triunfantes en el Alto Perú, amagaban la frontera del norte; el Bajo Perú, irradiaba su acción al sud y al norte del continente y la guerra se sostenía con fortuna varia en Venezuela, Nueva Granada y Quito, dominando la España todas las costas americanas. En 1819, la España había perdido la preponderancia marítima en América; el ejército realista del Alto Perú era impotente para invadir la frontera norte argentina; Chile estaba en poder de los independientes y el Perú se mantenía á la defensiva á la espera de una invasión de los vencedores de Chacabuco y Maipu; y Venezuela y la Nueva Granada, formando la nueva república de Colombia, iba á dar el último golpe al poder español en el norte. Esto por lo que respecta á la América del Sud en general. Con relación al Río de la Plata en particular, las condiciones estaban fundamentalmente alteradas. En 1815, la España contaba para emprender su expedición, con un aliado natural en el Brasil y un punto de apoyo en Montevideo, bases que en 1819 habían desaparecido. El Portugal habíase desligado de la política colonial española á consecuencia de sus desavenencias en Europa, y garantido por la Gran Bretaña de una invasión en la Península Ibérica, habíase apoderado de la

plaza de Montevideo, y pactado una alianza tácita con los intereses argentinos respecto de la metrópoli, en el hecho de precaver que no se permitiera desembarcar á ninguna fuerza española que llegase á sus playas, permaneciendo por lo demás neutral en el caso de una agresión al Río de la Plata. Fallando estas dos bases, la expedición era, si no imposible, por lo menos muy contingente.

No se ocultaban á la España estas dificultades, pues estaban á la vista. El jefe nombrado para mandar la expedición, consultó al gobierno, cómo debía mirar la plaza de Montevideo, llave del Río de la Plata á la sazón ocupada por los portugueses. La respuesta del gobierno fué que considerase á Montevideo como si no existiera. Replicó el general que esto era imposible, por cuanto Montevideo existía en realidad, y no podía por lo tanto dejar de considerarlo como plaza amiga ó enemiga, y que en uno ú otro caso, debía estar munido de instrucciones para expugnarla ó recibir de ella los auxilios necesarios, previendo también la neutralidad; pues de no desembarcar en Montevideo, sólo podría verificarlo en la Ensenada de Barragán ó en la playa de Quilmes, — como los ingleses en 1806 y 1807, — puertos que no permitían el acceso de buques mayores, y que los buques menores que pudiesen acercarse á ella no resistirían á una batería de tierra, sostenida por numerosa caballería, cuando los expedicionarios no contarían con un solo caballo. Agregaba juiciosamente el general, que aun superados estos obstáculos, la expedición, no contando con un punto de apoyo en la banda oriental del Río de la Plata y retirándole el enemigo los recursos, carecería absolutamente de provisiones de boca, y lo que era más, de un ancladero seguro y de un lugar de descanso para las tropas después de una larga navegación, en que los temporales podían dispersar el convoy. La última contestación del gobierno español á tan sólidas razones, fué repetir: « que se mirase á Montevideo como si

no existiera ». Así resolvió la dificultad que dejaba subsistente (2).

II

La España quería hacer su último esfuerzo antes de darse por vencida, luchando contra la resistencia armada de sus adversarios y contra la opinión propia que le era adversa. El contraste del convoy de la « María Isabel », seguido por el dominio marítimo del Pacífico por los independientes, causando profunda impresión en la Península, había hecho más impopular en el ejército y el pueblo la guerra contra las colonias. Estos síntomas se hicieron notar desde la expedición de Morillo en 1815, en que fué necesario embarcar desarmadas algunas divisiones para prevenir que se sublevaran, y sus desastrosos reveses en Costa Firme á la par de la noticia de los triunfos de los independientes al sud del ecuador, hacían esa guerra cada vez más odiosa y repugnante á los españoles en la Península. Agregábase á esto el espíritu liberal que fermentaba en la nación y principalmente en el ejército, que contaminaba las tropas que hacían la guerra en América, como queda dicho, y se tendrá una idea de las resistencias con que tenía que luchar el gobierno español para realizar su propósito. Á pesar de esto, empeñado en dominar la insurrección americana por las armas, aprestó una expedición de seis navíos y seis fragatas, con 6,000 hombres de desembarco, que sucesivamente fué elevada hasta 6 navíos, 13 fragatas, 3 cor-

(2) Vadillo: « Apuntes de los principales sucesos que han influido en el estado actual de la América del Sud », p. 64-65. (Ed. de Londres, 1829.)

betas, 10 bergantines, 3 goletas, 29 lanchas cañoneras y 40 trasportes con 18 á 20,000 hombres de tropa de las tres armas. Confióse el mando al conde del Abisbal, más conocido en la historia con el nombre de José O'Donnell, y señalóse por centro de ella el puerto de Cádiz. Fué en tal ocasión, cuando seriamente alarmado por esta amenaza el gobierno argentino, ordenó que todo el ejército de los Andes repasase la cordillera á fin de hacerle frente, en circunstancias que el repaso se iniciaba por indicaciones de San Martín, quien aconsejaba se cubriese con el anuncio de una expedición española, teniendo en vista forzar la mano del gobierno de Chile para decidirlo á la expedición del Perú.

El gobierno argentino, tenía sus agentes secretos en Cádiz, que le instruían con puntualidad de todo lo relativo á la expedición, y además se ocupaban en transmitir otras noticias importantes, obrando sobre el espíritu de los oficiales expedicionarios, según se ha visto (cap. XXI, § VIII). Tres eran los principales agentes secretos, y los tres argentinos: don Juan Lagosta, de quien hemos hecho antes mención; don Andrés Arguibel, establecido en Cádiz, que fué quien comunicó oportunamente la salida de la expedición de la « María Isabel », y el más caracterizado de ellos, don Tomás Antonio Lezica, comerciante que gozaba de gran crédito en aquella plaza, y que de acuerdo con Arguibel se ocupaba en sondear las disposiciones del ejército expedicionario. Los tres se comunicaban directamente con el director Pueyrredón. Autorizados por el gobierno argentino (agosto 1819), para librar contra el tesoro por el importe de los gastos que impendiesen en su comisión, pudieron cerciorarse de lo impopular que era la guerra de América en las fuerzas acantonadas en la isla de León, el descontento de que estaba animado el pueblo contra el gobierno absoluto del rey, tomando conocimiento de los proyectos de insurrección de sus principales jefes con el objeto de proclamar la constitución del año XII. Los agentes pene-

traron en las juntas secretas donde se elaboraba la gran revolución liberal española, que debía cambiar la faz de la madre patria, siguiendo el ejemplo dado por las colonias insurreccionadas, que reaccionaba á su vez sobre ella. Comunicadas estas noticias al gobierno argentino, fueron sus agentes autorizados á adelantar sus trabajos en el sentido de iniciar relaciones con los jefes de la revolución, ofrecerles recursos en nombre de la nación, y promover por todos los medios el espíritu de insurrección que ya cundía por toda la Península. Sin que pueda decir que á esto se deba el alzamiento que sobrevino, es indudable que la República Argentina tuvo una parte, aunque mínima, en ese gran acontecimiento (3).

La aglomeración del ejército expedicionario en la isla de León, Cádiz y sus inmediaciones, fué la ocasión de que los liberales españoles se comunicasen sus ideas y se pusieran de acuerdo para producir un movimiento, explotando el sentimiento público y la repugnancia del servicio militar en la

(3) En nuestra « Historia de Belgrano » (de la que extractamos parte de las noticias referentes á la proyectada expedición española en cuanto se relacionan con esta historia), hemos tratado extensamente este punto, exhibiendo los documentos comprobatorios, y que por vía de ilustración adicional ampliaremos. — Pueyrredón: « Refutación á la calumnia hecha por A. H. Everett », en que afirma el hecho de la cooperación prestada á los trabajos preparatorios de la insurrección de la isla de León, invocando el testimonio oficial de Quiroga, el compañero de Riego, y del intendente general del ejército español en Cádiz, que á la sazón se hallaba en Buenos Aires. Alcalá Galiano, actor en el movimiento, niega en sus « Apuntes sobre el alzamiento del ejército de ultramar », que los americanos contribuyeran á él con dinero; pero en su « Historia del levantamiento de España », en que reproduce textualmente aquel escrito, guarda silencio sobre el particular. Torrente en su « Hist. de la Rev. Hisp. Amer. », t. III, p. 6, dice categóricamente: « Pueyrredón... ayudó con sus intrigantes y artificiosos manejos el fuego de la sedición entre las tropas españolas destinadas á la conquista de Buenos Aires; y á su pestilencial influjo se debió en parte la sedición de la isla de León. » Lafuente, en su « Historia de España », más imparcial ó mejor informado que Alcalá Galiano, al referirse á este

guerra contra las colonias. Desde 1814 hasta 1818, cinco revoluciones con las mismas tendencias habían estallado en la Península, y algunos de los que tomaron parte en ella se refugiaron en Buenos Aires, tomando servicio en sus ejércitos. Los jefes militares de la conspiración se organizaron en sociedades secretas, y Cádiz se hizo el centro de los trabajos revolucionarios. El general O'Donnell, fué iniciado en estos planes, y pareció en un principio dispuesto á ponerse á la cabeza del ejército para hacerlos triunfar. Próximo á estallar el movimiento, O'Donnell, después de conferenciar con el ministro de Marina, que lo era el ex-vice-rey de Buenos Aires don Baltasar Hidalgo de Cisneros, decidióse á sofocarlo, ayudado eficazmente por el general Sarsfield de origen irlandés, que se había interiorizado en los planes de los conjurados, afectando aprobarlos. El general en jefe proclamó una parte de las tropas, ofreciéndoles en premio de su fidelidad lo que más podía halagarlas, que era quedar exentas de marchar á América, y á la cabeza de ellas rindió sin resistencia los cuerpos complotados, arrestó á sus jefes y desbarató la conjuración, desbaratando al mismo tiempo la expedición. Poco después, introdujose en Cádiz la fiebre amarilla importada de la Habana, y se propagó en el ejército expedicionario (julio 1819). El primer peligro estaba conjurado: la expedición se hacía por el momento imposible, ó por lo menos no se realizaría

acontecimiento, repite como Torrente: « Los americanos no se descuidaron en fomentar la repugnancia y el descontento de los militares. » Á más del testimonio oficial del general Quiroga, citado por Pueyrredón, en el *Boletín* N.º 4 de su ejército proclamaba á éste diciéndole: « Nuestros hermanos de la América meridional se juntarán á nosotros para la defensa de nuestra causa; y nosotros recibiremos de ellos poderosos auxilios. » Los gastos hechos por Lezica y Arguibel en esta comisión fueron cubiertos por el tesoro argentino en vista de un expediente, en que « justificó Arguibel sus servicios en la insurrección de la expedición de Cádiz, para obtener el reembolso de lo que gastó con este objeto. »

con el poder suficiente para asegurar el éxito; pero esto no se sabía en Buenos Aires al tiempo de iniciar el repaso de los Andes, que coincidió con el primer aviso con que ostensiblemente se cubrió. El rey estaba sin embargo resuelto á llevar á cabo á todo trance la expedición. Al efecto, fué nombrado general en jefe de ella don Félix Callejas, antiguo virrey de Méjico, conocido con el título de conde de Calderón. Fué éste el general que hizo presente al gobierno español las dificultades que tocaría, no contando con un punto de apoyo en las costas del Río de la Plata y la contingencia de encontrar allí dos enemigos en vez de uno, según queda relatado (§ I), á las que se agregaban otras de mayor gravedad, por cuanto afectaban la existencia misma de las tropas expedicionarias. Diseminados los cuerpos con motivo de la propagación de fiebre amarilla, el batallón denominado « Asturias », mandado por el coronel Rafael del Riego, se acantonó en el pueblo de las Cabezas de San Juan, que debía ser teatro de uno de los hechos más memorables de la España moderna. El gobierno español empeñado, á pesar de todo, en su plan de expedición al Río de la Plata con los elementos á la sazón disponibles, dispuso que el ministro de Marina, Cisneros, activase el embarco. Tal era el estado de cosas en España en setiembre de 1819.

III

El anuncio formal de una gran expedición española con destino al Río de la Plata, fué el fantasma alrededor del cual giró el movimiento político y militar de las Provincias Unidas durante el año de 1819. Su primer aviso determinó la confirmación del repaso de los Andes, y las noticias sucesivas, según eran alarmantes ó tranquilizadoras, motivaron las órdenes y contra-órdenes expedidas en consonancia, determi-